

Infancias robadas

Detenerse, mirar, escuchar, querer ver. No siempre lo hacemos. A veces, resulta incómodo. Hay gente que se atreve. Mira las calles de su ciudad, y ve lo que sucede en los márgenes. En *No hay tiempo para jugar* (Media Vaca, 2004), la educadora mexicana Sandra Arenal ha recogido los testimonios de niños y niñas, el relato de sus vidas dedicadas al trabajo para ayudar a sus familias a sobrevivir. Vendedores ambulantes, ayudantes de albañil, recogedores de basura, limpiacristales, prostitutas, maquiladoras. Cada uno de ellos toma la palabra para contar las duras condiciones de trabajo y el trato que reciben de los mayores, asumiendo una responsabilidad que no les corresponde, lejos de la escuela, el hogar y los juegos con los amigos.

Isela, Luis, Juanito, Josefina, Herlindo, Elisa, Bertha, Reyes; más de cuarenta niños y niñas. Con nombre propio. Representan a los millones de niños que trabajan en el mundo, pues conviene no olvidar que el trabajo infantil es moneda de uso común no sólo en Asia, África subsahariana y en muchos países de América Latina, también en las economías desarrolladas de nuestro entorno, en las que se han disparado las tasas de pobreza infantil y las desigualdades, sin que sus efectos corrosivos (la desintegración social, la marginación, la fractura social, la desafección, las tensiones sociales) parezcan importar demasiado a los gobiernos de turno.

“Abandonar a los niños en las calles es como colocar bombas de efecto retardado en el corazón de las ciudades”, escribe Stéphane Tessier, en una cita que encabeza el prefacio de *Dejadnos crecer* (Virus editorial, 2014), un libro que profundiza en los entresijos del sistema de protección a la infancia y la realidad de los centros de acogida de menores migrantes en nuestro país.

De las vidas atormentadas por el trabajo infantil y la miseria al tráfico de niños, la explotación sexual organizada o la utilización de éstos como soldados en conflictos armados o como sicarios en la guerra del narcotráfico, no hay más que un pequeño paso. Gentes sin escrúpulos lo dan.

Autor

José Luis Polanco
Equipo Peonza



^ **Y oyes cómo
llora el viento**
Il. Enrique Flores
López, 2016

Como si fuera una continuación del relato de los niños mexicanos, un libro-álbum, *Y oyes cómo llora el viento* (López, 2016), con una estructura narrativa bien diferente al anterior, da otra vuelta de tuerca a la ignominiosa historia de la marginación social: la de los niños de la calle atrapados en las bandas del narcotráfico. Dora Sales emplea vocabulario y giros idiomáticos de varios países castellanohablantes con la intención de no identificarlo con una ubicación particular,

porque el drama de los niños sicarios no sucede en un único país: es la cara más terrible de la pobreza y la narco-violencia en países como Colombia, Brasil, México, Perú, Guatemala o El Salvador, entre otros.

En primera persona, un niño habla con una trabajadora social que intenta incluirlo en el programa de alfabetización con el que las instituciones pretenden rescatarlo. Durante tres noches, el niño va contando su vida, su dolor, su desamparo: el recuerdo del hermano pequeño muerto por una bala, el padre también muerto, la madre ausente. Sin nada ni nadie en quien apoyarse. “Sólo la rabia. Y mi pistola”. Y el pegamento, para matar el hambre y la tristeza, para no pensar. “¿Sabe?, no recuerdo cuándo me abrazaron por última vez”. “¿Aprender a leer? No sé para qué me va a servir eso”.

Tiene compañeros, los parces, los llama él; pero hasta con ellos se siente solo. “El miedo de a de veras es por la soledad, ¿no cree?”, le pregunta a la educadora, en una conversación que queda suspendida hasta una próxima cita. Una cita que nunca tendrá lugar, porque las balas de otro serán más rápidas que las suyas.

La educadora toma la palabra al final del libro para contarnos su desesperación a causa de la nueva derrota, su abatimiento al constatar una vez más la precariedad de su trabajo ante las dimensiones del problema que intenta atajar. “En esas tres noches vi su rabia. Su desconcierto. Su soledad”.

Enrique Flores es el encargado de ilustrar la historia. Para despertar las conciencias no bastan las cifras: hay que ponerle cara a cada niño, a cada niña, devolverles el estatuto de persona. Después de sus cuadernos de viaje de coloridas acuarelas, diarios visuales de las ciudades caminadas; y de los trabajos en los que dibujó las manifestaciones y acampadas del movimiento 15M, el ilustrador pacense estaba destinado a poner en imágenes este relato. Aquí, es el niño el que cobra el protagonismo, claro; pero, también el escenario en el que acontece la historia: las chabolas hacinadas en los cerros, las calles de trazado enrevesado, el descampado en el que unos niños le dan patadas a un balón, soñando que son Messi o Neymar, y huyen de la pobreza. Y, al fondo, la gran ciudad, superpoblada y caótica.

Y oyes cómo
llora el viento
Il. Enrique Flores
López, 2016

En primer plano, unas líneas de trazo rápido dibujan los rasgos del protagonista, los gestos, las actitudes de los personajes. Las manchas de las aguadas dan cuerpo a las figuras. El artista capta lo fugaz, esa sombra que persigue al niño y le atormenta, de la que no consigue escapar por más que lo intente, metáfora de los miedos que lo atenazan. También, los momentos de mayor intensidad emocional: la rabia, el desconcierto, el silencio, la tristeza; el miedo al hambre, y a la soledad, más oscura si cabe en la noche oscura.

Un libro valiente que se asoma a la dura realidad de los niños sicarios que asesinan por encargo, víctimas ellos mismos de la narco-explotación y de estructuras violentas, único mundo que conocen. Según datos que aporta la autora, sólo en México hay unos 20.000 niños explotados de esta forma; en los tres últimos años han muerto unos 1.500 en fuegos cruzados.

Dora Sales pone letra a la exclusión y la vulnerabilidad de tantos niños. Enrique Flores dibuja sus infancias robadas. La historia provoca perplejidad e inquietud, rabia e impotencia. Sobre todo, vergüenza. Una gran vergüenza ante esta lacra, una más en la larga lista de iniquidades contra los niños, que soportamos en silencio. Con indiferencia.

